

PÉTER ESTERHÁZY

REPENTINO FINAL

Traducción y nota de KÁLAMÁN VEREBÉLYI y HERNÁN LARA ZAVALA

A mis amigos y a otros

DESCENDIENTE DE LA familia Esterházy de Esienstadt, aristócratas y mecenas que cultivaron las artes y protegieron y alentaron la carrera de músicos como Weber y Haydn, Péter Esterházy (1946) está considerado por la crítica como el escritor más original de la literatura húngara contemporánea. Esterházy preludea el fin de un realismo domeñado y ramplón y augura los posibles derroteros de la nueva literatura socialista. El existencialismo desenfadado de sus primeros textos ha causado la extrañeza y la incompreensión de muchos lectores pero ha formado también a un nuevo grupo de lectores que vieron con sumo beneplácito su frescura y atrevimiento literarios. Él mismo ha definido como "Cotidianidad interna" la aparente ausencia de causa y efecto que priva en muchos de sus escritos. "Repentino final" es la primera versión que se intenta al castellano de uno de sus textos. Entre sus obras más importantes deben mencionarse también Novela de la producción, Los obscenos y Desperdicio humano.

Ya tengo la última oración y me gusta, sería una lástima desperdiciarla. La primera oración habla de la última oración, la segunda de la primera y al mismo tiempo de sí misma. De aquí en adelante ya no señalaremos esto sino que lo aceptaremos como un hecho dado en cada oración, como una suerte de narcisismo absurdo; según la estética marxista en el "apage satanás" no sólo se hace visible el objeto (en nuestro caso el reflejo y, a veces, también el reflejo del reflejo) sino también el sujeto, el proceso y las condiciones externas del reflejo; la cuarta oración es una especulación metodológica que evoca un camello raquítico sin que ello le impida galopar por nuestros paisajes. La quinta oración resulta impulsiva y un poco aventurada. La séptima oración, sobre los hombros de la sexta, se apoya, sentimentalmente, en la quinta.

La octava oración se vale de un párrafo nuevo y con la pujanza de un nuevo rico intenta señalar de inmediato la imposibilidad de integrarse a las otras oraciones (¿coro de niños en el Sabat Mater?), titubea un momento respetuosa... no sabe a dónde dirigirse, marcha, se esfuerza sin por ello perder su prestancia y así logra adentrarse en sí misma para tocar a la novena oración. El reconocimiento silencioso de esta duda la vuel-

ve amable (lo cual transformó maravillosamente a la novena oración) pero con ello levanta la sospecha de que su movimiento de humildad y resignación, la confesión sincera de su impotencia, no le sirvió sino para lucirse. Pura coquetería: nuestros errores son parte de nuestras virtudes.

Pero si somos conscientes nada nos sirve: para qué y con qué provecho buscamos saber algo si ni siquiera somos capaces de saber qué es consecuencia de qué, si desconocemos el motivo de la misteriosa conducta del señor Diaterici, ignoramos quién será el joven aquel del que en vano quisimos deshacernos sin lograrlo y que caminó tras nosotros durante millas, cabizbajo y sin sombrero, sin vino y sin pan y que, valiéndose del pretexto de que no tenía que comer en Verbolova, trató de acompañarnos hasta Vilna: ¿pero será verdad lo que digo? La décima primera oración es producto de mi imaginación y no por ello es independiente de la experiencia, de mi experiencia —la mía—. La décima segunda oración es, a su vez, un pálido reflejo de esta experiencia. La oración literaria ideal puede ser producto de la imaginación o de la experiencia pero debe medir la imaginación contra la experiencia y la experiencia contra la imaginación. Con ayuda de la experiencia que tiene la imaginación y de la imaginación que tiene la experiencia acaso logre yo salir del embrollo en que me encuentro.

No se puede vivir en un mundo sin centro como tampoco se puede escribir oraciones sin sentido. La verdad es que como dijo Péter Hajhóczy, ¿en qué cantidad nos manda dios nuestro ser? ¿Cuánto soy yo de mí mismo, cuánto?

Con respecto a mis oraciones nunca me he sentido como si vistiera ropas extrañas, aunque de vez en cuando me he sentido disfrazado, con la ropa deshilachada o descolorida, eso sí. Nunca sufrí problemas de identidad; considero mía cualquier oración escrita por mí.* (Ahora que cuando me adentro en las maravillas de la literatura no sé qué es lo que siento. Me gusta pues ahí

* Tal vez por esta razón he podido enredarme con oraciones ajenas. Cuando leo los escritos de otros los emulo como un maestro. Se trata de una cuestión delicada, un caballero no debe valerse de estos métodos. Lo chistoso del caso es que el escritor sale de su celda blandiendo una cita de Pascal que dice que por lo menos hay un hombre que aprecia lo que escribe él, ahora... Y siente un gran orgullo de su producción.

me aguardan aventuras fantásticas, románticas. No, no se puede, mi amor, digo en voz alta para que mi mujer también lo entienda.)

De manera que nunca tuve "problemas" con mis oraciones; cuando afirmo que he reescrito algo por lo general me refiero a la reestructuración de oraciones ya escritas, en donde las primeras podrán terminar siendo las últimas y viceversa. En caso de iniciar una obra lo último que sabemos es cómo empezar; toda escritura comienza así o, mejor dicho termina así, salvo ésta, pero ésta no es escritura sino noescritura o, mejor, escrito - escritura. Esta oración es k (si $k > 0$ resulta un número positivo y si $k < 1$ la oración es bella).

Pero en la práctica mi oración no es ni bella ni no bella, ni buena ni no buena (maliciosa) sino que simplemente existe. La estructura es la que carga el peso, la que tiene que resolverse a sí misma, la que lucha por su existencia con más o menos heroísmo: su existencia se pavonea cuando la sensualidad, la belleza, la amplitud, la minuciosidad, la lujuria, la terquedad y el respeto y la libertad, libertad, libertad, por decirlo así, se encuentran bien proporcionadas, entonces el señor omnipotente, aquel cierto ratón de agujero (ratón, ahí está el agujero: he ahí la potencia) dice: ahora sí, así queda bien... pero nosotros, apenas pobres magos, sabemos que "así queda bien" en realidad significa "pudo haber quedado peor".

No soy un "hombre de los que viene desde abajo", no pasé por "años en los que tuve que enfrentarme a serios problemas profesionales", por lo tanto no puedo escribir la historia del ascenso... la de salir del hoyo, que es tan importante para otros, de verdad muy importante para otros. Mis fracasos son más misteriosos y generalmente menos duraderos y también menos generales; reconocerlos no resulta muy provechoso y poca gente podría decir: "Eso es. Así que a otros también les ha pasado algo similar. Tal vez no todo esté perdido".

Esta oración tan revolcada habla —mientras mantiene a distancia a la respetable turba de curiosos, del tipo de curioso por quien... por quien finalmente "doblan las campanas"— de que la escritura de este tipo siempre es "buena" y entiéndase por ello que no es mala o, con mayor rigor y orgullo, que no se puede mejorar, que está bien (o mal, ahora da lo mismo) tal como está pues el escritor siempre conoce más o menos esta parte de su oficio y se puede adivinar hasta qué punto logró realizar lo que se proponía en su escritura.

Hemos hecho algunas preguntas y nos salieron como respuestas y es que en realidad son respuestas.

¿Significa esto que todo está correcto?

Bueno, las respuestas son correctas, pues se trata de cuestiones del oficio de escribir aunque el arte no es sólo oficio sino también tributo; si las respuestas son buenas cabe preguntar ¿fueron adecuadas las preguntas? He ahí la cuestión.

Y esto nos devuelve al dilema, a la incertidumbre de la que habla el sujeto de los fracasos clásicos.

La incertidumbre sólo existe como hipótesis de trabajo. Es decir, aunque todo marche bien hace falta

echar un vistazo de vez en cuando para observarnos a nosotros mismos y al paisaje, nosotros dentro del paisaje y el paisaje dentro de nosotros. ¿Así que hasta aquí llegué. Así que mis pasos me condujeron hasta acá? He aquí el lugar donde me encuentro ahora. ¿Tengo yo la culpa? ¿Debería estar realmente aquí? Aquí no hace falta ningún regreso hipócrita a ningún lado pero sí habría que preguntarse ahora, ¿a dónde? ¿qué salida existe? Heme aquí y ahora ¿a dónde?, eso sí, Señor, tendrías que decírmelo.

Silencio.

Está bien, no me lo digas, para ello soy escritor (y no maestro o predicador).

Esa cierta hoja en blanco, el fantasma de los escritores, la que hay que llenar de palabras a mí no me asusta ni me ha asustado nunca. Pero la que está todos los días esperándome sobre mi escritorio durante las mañanas, esa sí que me asusta, aunque es mejor asustarse que tener miedo y mi carácter de escritor nunca me causó problemas. Debo interpretar esto como que no tuve remordimientos, y aunque he pensado, por decirlo así, que yo podría tener otro trabajo más decoroso, cuando lo reconsidero concluyo que desempeño una labor más decorosa (y esto no es un elogio: si un escritor hace bien su trabajo con ello no aporta beneficio alguno; y es aquí donde, entre otras cosas, difiere del albañil) lo cual en un principio significó que nunca sucumbí a presiones internas o externas con el fin de justificarme. Ya lo detallaremos más adelante.

La siguiente oración fluye suavemente... dios mío ya está aquí. Piedad, madre, mamá, mira, ¡ay! otra vez una oración. Hijo mío, en la búsqueda constante de tus oraciones se te ha amargado el corazón. Estoy muy preocupada por ti, por qué tienes que escribir así.

Entonces la oración mira con calma hacia el pasado y ve al joven de diecisiete años, de cuello velludo y frágil como el de un venado que luego de haber presentado un examen al que respondió en forma novelística exclama para sí mismo: "soy escritor". Esto lo tomó por sorpresa, ya que la profunda relación que lo unía con la escritura consistía en que no sabía escribir. Era torpe de nacimiento; con el paso de los años y en pleno esplendor en la editorial Magvetõ aquel examen se podría interpretar como un augurio favorable a su oficio; cabría también aquí alguna cita de Thomas Mann: el escritor no es el que sabe escribir sino aquel a quien le causa problemas escribir o algo así.

Y vaya que tenía problemas de a montón. Cuando cursaba el segundo año de bachillerato tuvo que escribir una composición —de tarea— sobre la excursión que hizo con unos compañeros y su padre tuvo que redactarla por él. Le contó con detalles todo lo que había ocurrido, quién era quién, el comportamiento de los compañeros de clase, sus relaciones entre sí, quiénes tenían el poder y así sucesivamente, y como al final se entusiasmó con lo que relataba, su padre le dijo "ya que sabes todo eso escríbelo". El comentario lo atemorizó.

"Sí, pero ¿cómo?", dijo evasivo.

Su padre hizo un gesto de desdén y en media hora escribió la composición que a todas luces se veía que

estaba disfrutando. Él la copió de la hoja papel revolución A/4 y no supo qué tanto le agradó. Le gustó contemplar la letra de su padre, apreció su escritura como algo diferente a lo que había estudiado y pensó que la letra de su padre era muy intelectual y esto lo llenó de orgullo.*

La experiencia de la composición alimentó en su oportunidad al triste matrimonio de Madách condenando con mano ligera a Ezri Fráter; finalmente las moscas, como representantes del mal, se posaron sobre el pan dulce. Recuerda dos cosas importantes: una, cómo le insistía a su madre, con la perseverancia de un bulldog, para enterarse de todo sobre el pan dulce: "mamá le pone azúcar glass para evitar las moscas"; la otra, que en la novela corta figura alguien como cocinera a quien sólo él, solito, logró inventar: hasta entonces no había tenido, ahora ya la tiene, una mujer que dependiera enteramente de él, con la que pudiera hacer lo que se le viniese en gana, engordarla, envejecerla, decidir sobre la curva de sus caderas, igual que sobre la línea secreta del culo, sobre el tamaño de los senos y sus movimientos vectoriales, sobre las gotitas de sudor que se posan sobre su bozo, en general sobre los olores, hacerla más inteligente, más estúpida, matarla: todo esto lo llenó de una satisfacción embriagadora. También se la leyó a su padre, quien se mantuvo en silencio durante unos momentos pero, mientras él recogía las hojas, levantó la vista y le dijo "pues sí" dándole un poco de ánimo para despedirlo después.

Su padre en apariencia, o tal vez en realidad, no se preocupó por él, aunque en los momentos cruciales de su vida siempre lo apoyó —como debe ser la actitud de los padres, la única actitud—. La falta de paternidad de su padre es absoluta y aun cuando esto tiene menos que ver con su padre de lo que él desearía ya no le concierne a él como hijo.

La cuestión quedó decidida así y sin darle mayor importancia no nos hicimos ni conductores ni matemáticos sino escritores así, sin mayores aspavientos, como si hubiera dicho "tengo hambre", porque es entonces cuando uno trata de conseguir algo de comer, cierto que al principio no sería un filete Wellington pero al menos metería la mano en su bolsa del pan y a tientas arrancaría un pedazo cualquiera (costumbre que jamás abandonaré y que se volvería frecuente motivo de enojos, independientemente de que ya tuviera acceso al Wellington): soy escritor, se dijo, pero de ninguna manera pensó que tendría que esforzarse por escribir, soy escritor y ya escribiré cuando haga falta.

De ninguna manera resultó escritor, pero esa seguridad inmerecida y sin fundamento alguno, a la que no, no podemos llamar seguridad sino tranquilidad, esa tranquilidad innata, lo benefició mucho. Se siente agradecido por ello, eso le queda claro, y se lo agradece a aquel que debe agradecerse. (*Esquivador de palabras*, he ahí lo que soy, yo que he escrito tanto: mis



Desnudo correspondido. Tinta y papel 67x47 cms., 1977

novelas no son otra cosa que mezcolanzas que a veces logro esquivar: yo. Protéjase cada quien si tiene motivos para hacerlo. (*Buenasrazones* lo escribí en cursivas pero las eliminé porque la oración quedó demasiado asustada aunque es lo que nos permite adentrarnos en la alquimia del arte). Mas cuando, como a los veintidós años empecé a escribir aquellos relatos de extensión breve, historias "alegres y peregrinas" salidas de sus dos alter egos, hasta él se sorprendió de ciertas cosas, comenzando con aquello que tenía entre las manos, en sus dedos, y entonces se dijo que tuvo razón aquella vez: era escritor.

¿Y de qué le serviría? Esa pregunta también se le había ocurrido y finalmente se aclaró que se es escritor cuando se escribe, cuando el señor escribe. Nada pasa al olvido, nunca superamos nada, no podemos esquivar nada, nada importante, no hay nada superfluo ya que todo tiene un sentido; la salvación no puede convertirse nunca en solución única.

Mi vida está ligada a ciertas oraciones porque yo la ligo a ellas. "Soy escritor". "Amo". "María Ivanovna, yo la amo" "Hay tiempo". Oración, oración: de vez en cuando hay oración, hay fiesta. En la navidad de 1977 hubo de todo: oraciones, fiestas, tiempos, Marías Ivanovnas y, además, ocurrió un milagro.

Antes ya me había ocurrido un milagro como aquellos que aparecen en la primera plana de los mejores diarios**, aunque todos sabemos bien qué es lo que publican en la primera plana de estos diarios, todo tipo de mentiras, y por los editoriales nos enteramos también de que probablemente nuestra vida dará un giro negativo o positivo, según sea el caso.

* Mi madre era una grafóloga experimentada. Dijo que la "g" caligráfica refleja sensualidad. Durante días me esforcé para imitar las "g" de mi padre. Hasta que obtuve la "G" adecuada.

** "Esto sí que es amor del bueno", me dijo un amigo mío abrumado con sus problemas. "¿Qué tan grande?" "¡Pues como los que aparecen en la primera plana de los mejores diarios!"

Bueno, les voy a relatar cómo ocurrió el momento más talentoso de mi vida. (Ocurrió, me ocurrió). Transcribiré en este espacio un bello poema de Dezso Tandori titulado El obelisco de Heráclito.

V
a
m
o
s
a
t
r
a
t
a
r
d
e
d
e
c
i
r
a
l
a
p
r
i
m
e
r
a
c
u
á
n
t
o
s
r
e
n
g
l
o
n
e
s
s
o
n
e
s
t
o
s

Como vemos, la orden del poema no se puede cumplir porque cuando entendemos lo que se debe hacer

ya es demasiado tarde, cuando la entendemos ya la perdimos, cuando sabemos qué debemos hacer ya no podemos hacerlo, y si no sabemos entonces no podemos y así consecutivamente. Tirajjala hasta el fin del mundo, ¡que abrigue esperanzas el que quiera!

Pues sí, pero entonces llegué yo; esta oración podría continuar el tono de aquella novela (en su mal/educación) que culminé durante aquella navidad ya mencionada.

El poema de Tandori se publicó en el "Taller Húngaro" parisino, cuando yo precisamente quería saber cuántos renglones caben en el esquema, cuántos renglones tiene una cuartilla, ya no recuerdo bien la razón, probablemente quería que publicaran algo mío allí. (Y como entonces, valiéndose de las lindas palabras de István Szerdahelyi, "la dictadura del estilo del neovanguardismo" aún no lograba atemorizar lo suficiente al público literario y la sirvienta intelectualoide de esta dictadura, el esnobismo, no había terminado su labor subversiva, mis escritos casi siempre fueron rechazados.

Franciskó y Pinták huérfanos o, como dijera un funcionario cultural de alto nivel que en paz descansa, "yo sé quién eres, te estoy observando, amigo, yo conozco a Franciskó y a Pinták", es decir, mis escritos vagaban de un extremo a otro del país y siempre retornaban como bestias fieles, como carroña, tan pronto me los devolvían los ponía inmediatamente en el correo, pues sólo podía tolerar volverlos a enviar borrando previamente comentarios como el siguiente: "señores camaradas, ¿quién dejó pasar esta cosa?" "L. regréselo, ya recibimos algo similar el mes pasado"; tal vez a partir de entonces me gustaron las notas al margen, al final de este texto también incluiré una —pero bonita— aunque luego las termine odiando con todo mi corazón; durante un tiempo pude soportar con aire de superioridad estos rechazos, claro, con un poco de arrogancia, mas quien sea libre de culpa que arroje la primera piedra, aunque me dé a mí y así con el tiempo se apodera de uno un "miedo repentino"; porque en realidad puede ser que quien dictaminaba era un escritor, como lo demuestra el entusiasmo que mostraba por sí mismo, sólo que un escritor carente en absoluto de talento, o sea que se dedicaba a algo que desconocía. Cuánto detestaba a este tipo de gente que tanto abunda, desde políticos hasta albañiles... Aunque también muchos escritores buenos fueron publicados. Finalmente no se dio la catarsis, pues el mundo no está dividido de modo que lo malo florezca y lo bueno se ahogue sino que hay un desorden como si todo estuviera previamente en orden. Y ese orden se vio consolidado y estuvo en boga durante una época. Al único que no publicaban era a él. Y con ello tuvo la sensación de que todos eran idiotas: por eso tuvo tal importancia que "Taller Húngaro" haya publicado un texto mío, e inmediatamente después el Alföld, París, Debrecen y esto me causó una profunda satisfacción interior.

Conté apresuradamente los renglones y no fue sino hasta semanas más tarde que leí el poema. Corrí con todo el mundo a contar lo que me había sucedido, pero resulta tan difícil relatar algo así que dudo que me

hayan creído. Pero esto es algo extraordinario, y como probablemente la historia no se trata de mí ni siquiera del señor viceintendente sino... "y al final todo aparece brillante". O si no brilla el milagro cambia el mundo: será mejor, de eso estoy seguro.

Pues resulta que terminé la novela hace siete años, el 26 de diciembre a las dos de la tarde. Reúnanse allá, esa fue la última oración que escribí y la figura sólo como parte de la primera oración ($1 > k > 0$); con ello se desvanecía la gloria del mundo. Me levanté del escritorio, di unos cuantos pasos y luego, escurriéndome en la silla, escribí para mayor seguridad: FIN. No niego que sentí satisfacción aunque tal vez debería negarlo, más aún, sentí algo que no había experimentado antes y que no he vuelto a sentir después: que había realizado algo importante. Tal vez antes o después de tal vez.

Pero el tema es otro, esto sólo demuestra que el hombre trabaja bien y mucho porque lo que he relatado es cierto y me resulta conmovedor porque tan luego se secó la tinta del papel, como a las dos y media, se realizó el milagro pues mis amigos "empezaron a aparecer", cada uno por su parte, y mi departamento se llenó de gente como si todos hubieran escuchado las últimas palabras de la novela reúnanse allá y allí estuvieron. Yo los conduje pérfidamente hasta mi cuarto haciéndome el importante y les mostré mis libretas llenas de oraciones y la última página y pude percibir en sus rostros, en sus caras amigables, algo similar a lo que había sucedido en mí: luz y conmoción. Fue extraño y agradable y hasta hoy me lleno de alegría cuando lo recuerdo.

No tuve que darle fin al escrito, terminó solo, es verdad, sabía dónde estaba, supe por dónde y cómo avanzar hasta que arribé al lugar de mi destino.

Dado que suele decirse que el cuadro también mira a quien lo contempla, no es tan difícil saber cómo terminar. La novela tiene que ser total (ah, la vida) y concluida (ah, la obra). Porque comenzamos con un orden pero ¿cómo terminamos? ¿qué razones tenemos para seguir ese cierto orden? Preguntas estúpidas de esta índole se convierten en importantes cuando una cultura apoya su universalidad en su inseguridad. Es impresionante mirar una galera de Proust, ver la cantidad de palabras insertas, animales, nubes negras que meten la cabeza por todos lados, el maestro empieza a destroscribir (destronar - reescribir - escribir) la "dócil estructura" para iniciar una novela nueva obviamente a partir de las ruinas de la anterior. Ni Proust ni Musil dejaron sus novelas inconclusas porque los haya sorprendido la muerte sino al contrario: *la muerte llegó para ayudarlos*. Aunque es probable que también sea una cuestión de personalidad: Joyce no tuvo problemas con sus finales.

Terminó el día, los invitados se retiraron. Mi amante y yo recogimos las colillas de cigarro, nos bebimos el resto del vino, el aguardiente (aún vivía mi tío que fabricaba aguardiente clandestino y con quien era tan

agradable entablar "relaciones de negocios") y finalmente me quedé solo, como era de esperarse.

No me importó, paseaba de arriba abajo en mi cuarto, les eché un vistazo a los cuadernos, al tiempo objetivado, cuando de súbito pensé: "he envejecido" y me dije en voz alta "el tiempo existe", y con ello comprendía que ahora sí el tiempo pasaría, que no era un inmóvil bloque brillante, que ni modo, me devoraría a mí también, que me tragaría, que yo no me quedaría al margen, que el tiempo existía ¡maldito! que también conmigo todo iría pasando lentamente; es decir, sentí que con esa novela se iba también *mi juventud*. A tiempo, no me quejo. Y realmente así sucedió de un momento a otro, había envejecido como si se tratara de una decisión. Yo había estado a la espera de una señal secreta y durante mi juventud me preparé para ello, quería que mi envejecimiento tuviera algo "espectacular" aparte de las arrugas.

En los meros inicios no hay nada que tenga la necesidad de terminarse. El nuevo manuscrito se emprendió con rapidez asombrosa, con paso ambicioso y por lo mismo con cierto nerviosismo: ¡Llegaron las palabras! con un ruido nunca antes anunciado tocando las entrañas más recónditas del cuerpo que eufemísticamente podríamos llamar "la comprensión de los supremos".

Tenía una visión general del nuevo libro. Lo concebí como un paisaje con la técnica de Cézanne, o como un edificio con habitaciones, torres, tuberías, tejados con pasillos amplios y alumbrados, con pinturas, con escaleras secretas, con desvanes, con arañas y telarañas, con grandes espacios cerrados y abiertos, lo imaginé como la pintura de los países bajos (dibujo mundial) donde cada parte se convierte en la totalidad y la suma de las partes es la Totalidad o, con menos grandilocuencia, como el sistema modular del instructivo de una máquina de tejer y así sucesivamente; pero esto es sólo palabrería. Pareciera que el libro tratara sólo de mí cuando en realidad trata de una iglesia, de un cuarteto de cuerdas y de la competencia entre Francisco I y Carlos V...

Estas comparaciones no intentan reflejar un alma fina sino expresar las cosas desde un punto de vista práctico: como un ama de casa que tejera un derecho y un revés. (Aquel que no es esclavo del arte escrito, y hay muchos así, podría seguir esto sin mucha malicia: un derecho, un revés, con sombrero, sin sombrero...)

Me estuve introduciendo en ese objeto extraño que construía mientras avanzaba. Entre tanto, o mejor dicho, a la mitad del camino, murió mi madre y todo lo que pueda mencionar al respecto me parece fuera de lugar pero con ello obtuve otra señal que también aguardaba (...)

"Debido al devenir normal de la vida el hombre es sordo a la muerte durante mucho tiempo; aunque la comprende no le resulta una experiencia cercana aun cuando celebre rituales en torno a ella, penetre en ella y se le acerque prudentemente (...) sólo más adelante, tras múltiples decepciones, en el otro bando de sus derrotas, en pleno desierto de la edad adulta, empieza a

* Aquí falta un reflejo.

pensar en ella y se da tiempo de asimilarla si es que finalmente logra asimilarla": esto trata de mí.

El que ha escrito esto se identifica plenamente con aquél sobre el que escribe; aunque entre ellos existe una distancia. Porque se trata de alguien diferente, que respira diferente. Incluso entre amigos no tienen por qué pensar unos de manera semejante a otros mucho menos pensar lo mismo, lo que hace falta es que se encuentren en la *misma dimensión*, ya sea cercana ya sea distante. Cuando la dimensión se curva resulta más difícil imaginar por qué "alguien" tolera con más facilidad el flujo de palabras de alguien más, por qué el otro tolera los altibajos de temperamento del uno y por qué la cercanía propicia gestos similares y a veces incómodos para ambos; claro está, aparte de las diferencias existen también semejanzas, por ejemplo, al terminar la historia de la vida de mi familia, no seré yo quien escriba el fin de la novela, me conformo con escribir la historia de mi familia, claro que el que la escriba tendrá que cubrir todo y todas las familias se terminan o si no al menos la historia de la familia se termina y si no tuvo historia seguramente nunca la tendrá y entonces la dimensión se curva.

Murió mi madre, pues, a principios del 78, y al acomodar "los elementos de la estructura" descubrí "material" sobre su vida y calculé sesenta y cuatro páginas, porque hay una cierta superstición mezclada con las profesiones que permite precisar con anticipación la posible "extensión" de trabajo; en el año de 83 le tocó su turno a mi madre de manera diferente a "su material" y su muerte, sin que yo hubiera recordado la extensión de lo que había escrito sobre ella, resultó de 64 páginas; este se lo dedico a Lászlo Beke, como un obsequio por si todavía colecciona coincidencias espontáneas. Tenía 64 años.

De hecho me encuentro escribiendo sobre el final.

En lo que concierne al manuscrito, el final no me salió tan fácil, este texto no me ayudo tanto como los anteriores. Tiene otro carácter. Mostrarse a sí mismo vaya que se mostró, aquí estoy (mírame), y aquí y aquí y ...estaba levantando los hombros pues pérfidamente aludía a mi libertad, no a esa endeble libertad europea sino a la infinita y brillante libertad del escritor. Ahora que según me parece a mí ya está terminado. Porque realmente hoy en día quién podría definir, aparte de uno mismo, lo que es una novela y aún más, qué es una introducción y cómo se compara consigo misma... La tentación de hacerlo existe.

Por esta razón me pasé un año cambiándole de título. Taché cien veces una misma oración y la reescribí otras cien. O noventa y nueve veces. Era minucioso a morir.

Tenía que cubrir un espacio y de ese modo imaginé su totalidad y sus limitaciones y a medida que me acercaba al final mi espacio se reducía cada vez más y obviamente faltaban cada vez menos cosas; tuve que cubrir espacios en blanco distantes entre sí de

"La cuestión está en
qué hay que hacer en

manera tal que no hubiera interferencias.

estas circunstancias. ¿Debemos aceptar el método del mayor Trautwetter (cuyo nombre podríamos traducir como tempestad íntima), hombre cumplido y gentil que embosca a la armada inabarcable echando cerveza sobre el escritorio y cuando las invitadas con alas se acercan en grupo a saciar su sed saca un poco de pólvora de su estuche, la coloca sobre un pedazo de papel, lo enrolla y lo prende por ambas puntas para arrojarlo en medio de las moscas, precisamente en el lugar en donde más negrea... y lo que queda luego de limpiar esta masacre del escenario ¿es una constelación exitosa en el límpido firmamento o un escrito legible?"

muerdas mi poder no es tan grande y cualquier otra oración que hubiera rondado cerca del libro también estaría muerta. Y es ahora, al comenzar 1985, que he terminado. Despido al potrillo. Saco el abono del establo, meto las notas en el archivero, las pongo sobre los anaques de difícil acceso, reagrupo los cuadernos, les pego una hoja en blanco a las tapas que servirá de índice, no como si deseara hacer constar su contenido, en mi generosidad, lograda por medios tan difíciles, he renunciado también a las buenas descripciones, no las quiero, dios mío, ahora que ya terminé.

Y me dirijo a mi escritorio y empiezo a arar y observar, sí, a la mitad del camino de la vida, con más interés que felicidad, con más tristeza que pesar, pero de todos modos con cierta felicidad y con cierto pesar, que los surcos recién abiertos se llenan de zumbidos y de moscas y las miro, brillosas y coloridas, yo, el mayor Trautwetter, cumplido y gentil.. Ya estoy en casa.

Estuve tan firme como un potrillo con riendas. Hay que pegarle al manuscrito para que se mueva. Y cuando llegó la hora —bendita y gris— en que sin exaltación logré entrar a mi cuarto sin temor de que alguna oración pudiera agredirme como salida de un pedazo de papel o de una libreta abierta por casualidad y que yo muerto de pánico no pudiera dar una explicación de por qué tal oración no está contenida en el libro y por ello empiezo a (h)ojear la libreta llena, para que después o bien la incluya o bien la encuentre, o me dé cuenta de que no hacía falta, es decir, cuando todas las oraciones yacen

muertas mi poder no es tan grande y cualquier otra oración que hubiera rondado cerca del libro también estaría muerta. Y es ahora, al comenzar 1985, que he terminado. Despido al potrillo. Saco el abono del establo, meto las notas en el archivero, las pongo sobre los anaques de difícil acceso, reagrupo los cuadernos, les pego una hoja en blanco a las tapas que servirá de índice, no como si deseara hacer constar su contenido, en mi generosidad, lograda por medios tan difíciles, he renunciado también a las buenas descripciones, no las quiero, dios mío, ahora que ya terminé.

Vuelta y *The New York Review of Books*:
convenio de exclusividad

Un contrato reciente firmado garantiza a *Vuelta* la primacía en la obtención de los derechos de reproducción del material publicado por *The New York Review of Books*. Los privilegios de este acuerdo serán en beneficio de nuestros lectores.